

Juan Luis Cano *Gomaespuma*

En el mundo de las palabras hay varios países: En el que habitan las palabras alegres y emocionantes, bellas y amorosas, una música suave crea un clima de bienestar sosegado y mágico. En el que deambulan las palabras feas e hirientes, crueles y burdas, huele mal. Haciendo frontera con este mundo hay otro habitado por conceptos. Las palabras se asoman a los miradores que dan a su mundo vecino y cuando observan cercano a un concepto que coincida con ellas, saltan y se funden convirtiéndose en un solo ente. Entonces salen de su mundo y se aventuran a buscar quien las lea, quien las escriba o quien las pronuncie, quien las dé vida, en definitiva. Y todas, bellas y horribles nos son útiles a quienes las necesitamos para existir. Son nuestra herramienta. Su uso nos hace especiales y nos facilita la posibilidad de ser y diferenciarnos más de quienes no tienen el don de las palabras.

Quien no pueda atrapar las palabras, quien carezca de la facultad de crear con ellas, transmitir sus pensamientos, sus emociones, quien no pueda percatarse de su poder, de su dulzura o su aspereza formará parte del grupo de los desheredados, de las personas que tienen mermadas sus posibilidades, porque el hombre necesita nombrar de alguna manera a su dolor, a su amor, a su odio, a su tristeza, a su felicidad, a su hambre, a su esperanza, a su sorpresa, a su desilusión... ¿Qué emociones guarda un libro en blanco? Para quienes no pueden leer, todos los libros estarán así, vacíos. Para quien no puede escribir, todas sus emociones y sus sentimientos estarán, de alguna manera, coartados, huérfanos, incompletos. Hay veces que un “Te quiero” estremece mucho más al ser leído que al ser escuchado.

Nosotros, a quienes nos fue concedido el bien de las palabras, deberíamos hacer todo lo posible para que no quedase nadie en el mundo sin la oportunidad de capturarlas cuando sobrevuelan su cabeza.